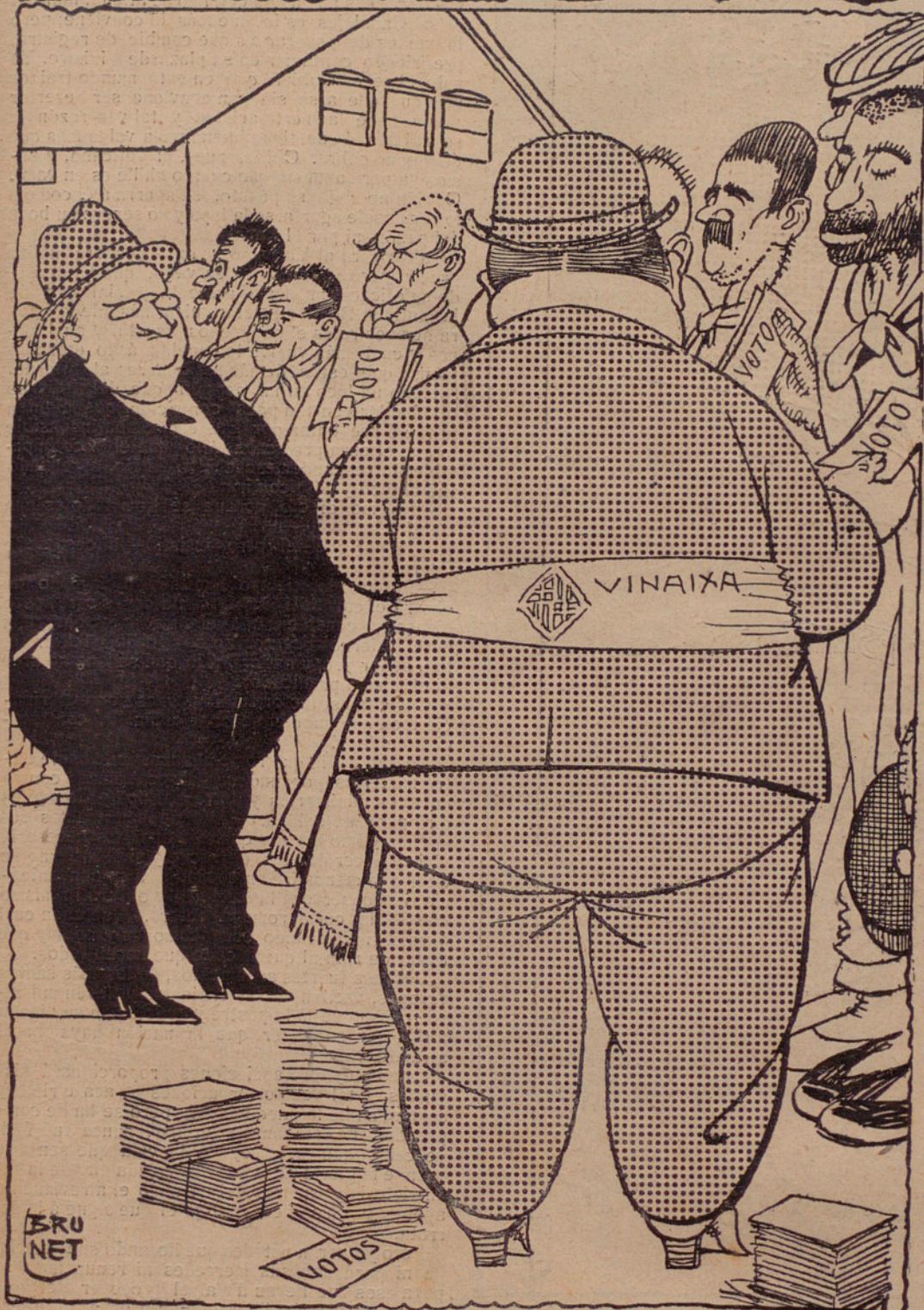


EL DILUVIO



Comisión electoral
que va produciendo escama,
y á esto el cacique le llama
patriotismo radical.



¿La Virgen rematará el singu'ar monumento?
¿Qual triunfa Gaudi ó Mila?

CHARLA INSUSTANCIAL

Es justificado afán el que muestra la nación por saber lo que Cobián piensa de la situación; si á sus doctrinas añejas de católico se atiene, huir del señor Canalejas es lo que más le conviene; pero lo que es de esperar es que cambie de registro, prefiriendo continuar en su plaza de ministro. Ya sabe el señor Cobián que en este mundo traidor más que quedarse sin pan conviene ser desertor y que hace la suerte aciaga (y tal vez razón le sobra) que el que tiene buena paga valga más que el que no cobra. Chile, pues, el Vaticano; y demos ya por supuesto que cuanto chile es en vano, Cobián no deja su puesto, se agarra á él como á la roca suele agarrarse la lapa y no separa su boca del pezón ni por el Papa!

Jaime mira al Vaticano y en él espera hallar gracia; pero esperar es en vano, que ha perdido su eficacia la llama ardiente y siniestra de la antigua Roma augusta: quien más miedo ahorra demuestra es el que menos asusta, y cual menos y cual más vuelve la espalda á lo eterno y piensa que están demás los temores al Infierno.

Hubo un loco en un sermón que del Infierno oyó hablar con tan poca contrición, que alguien le fué á preguntar por qué escuchaba insensible lo que el cura predicaba; á lo que el loco impasible sin responder escuchaba. Al fin, apremiado fué el loco y dijo con ira:

—No me afecto porque sé que todo es una mentira.

—¿Y por qué el otro insistió—tal cosa se te figura?

—Porque ha tiempo que sé yo el modo de obrar del cura. Mi indiferencia crees rara; pero piensa y considera que el cura mejor obrara si en el Infierno creyera. Yo no puedo prestar fe, joh, señor preguntador!, á lo que sé que no cree ni el mismo predicador.

Cese, pues, lector tu afán, pues por experiencia toco que sabe el señor Cobián la contestación del loco.

No hay nadie que rompa lanzas ni camine entre misterios por uno que da esperanzas contra quien da ministerios y entre el Papa y Canalejas dirá para su solapa: —Aunque sean justas sus quejas ¿cómo me voy con el Papa? Es necesario vivir y hacer de vida derroche y si al Infierno he de ir á lo menos iré en coche. Y á su conveniencia fiel conservará la cartera y obrará lo mismo que él la curia romana entera. Que cada cual obra al fin buscando sus acomodos y no hay que tratar de ruin al que hace lo que hacen todos.

Los más fuertes argumentos, de los más santos varones, vacilan en sus cimientos y llevan mil revolcones, que á la postre y conclusión se vienen á resolver en hacer que la nación haya hacia atrás de volver.

Que la ley de Asociaciones proporcionará disgustos y tal vez perturbaciones y acaso riñas y sustos, nadie lo puede dudar; pero se ha de comprender que, sin mucho batallar, nunca fué fácil vencer y que es la ley de la vida que sea más grande la gloria de la batalla reñida que de la fácil victoria y que más del enemigo el atrevimiento agota y es más eficaz castigo el que sigue á la derrota.

Pero ya verán ustedes que llorando suerte aciaga ni perdonan sus mercedes ni renuncian á su paga esos que llevan á mal el proceder del Gobierno y á la masa liberal quieren echar al Infierno; mas ¿quién no comprenderá que viene á decir

su grito, que maldito todo está; pero el oro no es maldito, aunque del arca proceda del mismísimo demonio? ¡Oh que bien claro esto queda hasta para el más bolonio!

En fin, que se aprobará esa ley de Asociaciones que Roma amenazará, que lanzará excomuniones y apelará con mil artes á sostener su arrogancia cual siempre y en todas partes, del mismo modo que en Francia. Que callará luego al ver que no nos asusta el coco y que se podrá barrer nuestra sucia casa un poco.

SOLFANELLO.

NIÑAS CASADERAS

El mundo está lleno de *viceversas*. Mientras que en Europa abundan las mujeres y hasta sobran, en el buen sentido de la palabra, en cambio, en el Canadá hay 50,000 hombres solteros, jóvenes, sanos y robustos, que no se caen por la razón sencillísima de que allí no hay mujeres suficientes para ellos. Para remediar este conflicto ha surgido el bueno de mister Howell, el cual tomó un vapor, se dirigió á Inglaterra y enseguida hizo una remesa al Canadá de 5,000 solteras para que fueran abriendo boca.

Al saber esto las solteras de Alemania se han puesto en movimiento y en Berlín, Hamburgo y Munich se han celebrado ruidosos mitines de solteras. Una oradora ha dicho:

«Compañeras: En el Canadá hay 50,000 solteros deseosos de casarse legalmente. Se les ha enviado una remesa de 5,000 inglesas; pero 5,000 mujeres para 50,000 hombres son muy poca cosa. (Aplausos.) En Alemania, según las estadísticas y según sabemos nosotras muy bien, cada día es menor el número de casamientos y lo mismo sucede en Italia, Francia é Inglaterra. Los jóvenes alemanes miran con horror el matrimonio. ¿Por qué? (Un griterío inmenso interrumpe á la oradora; se oyen cosas horribles.) Sea la carestía de la vida, la escasez de los salarios ó un brutal egoísmo, el caso es que nosotras permanecemos solteras. ¿Estáis dispuestas á ir al Canadá?...»

Todas contestaron que sí, y no al Canadá, al fin del mundo, porque ¡ay! la soltería femenina debe ser un suplicio espantoso.

Los periódicos alemanes se han hecho eco de este mitín de solteras, y el bueno de Mr. Howell recibe tantos ofrecimientos que seguramente el Canadá se va á inundar de mujeres honradas, bonitas é instruidas, como dicen los anuncios de las agencias de matrimonio.

Sí, el horror al matrimonio aumenta cada día más. Todos los jóvenes desean tener novia, pero son muy pocos los que desean tener mujer.

Las *niñas casaderas* son un problema en cada familia pobre y modesta. Los padres suelen decir:

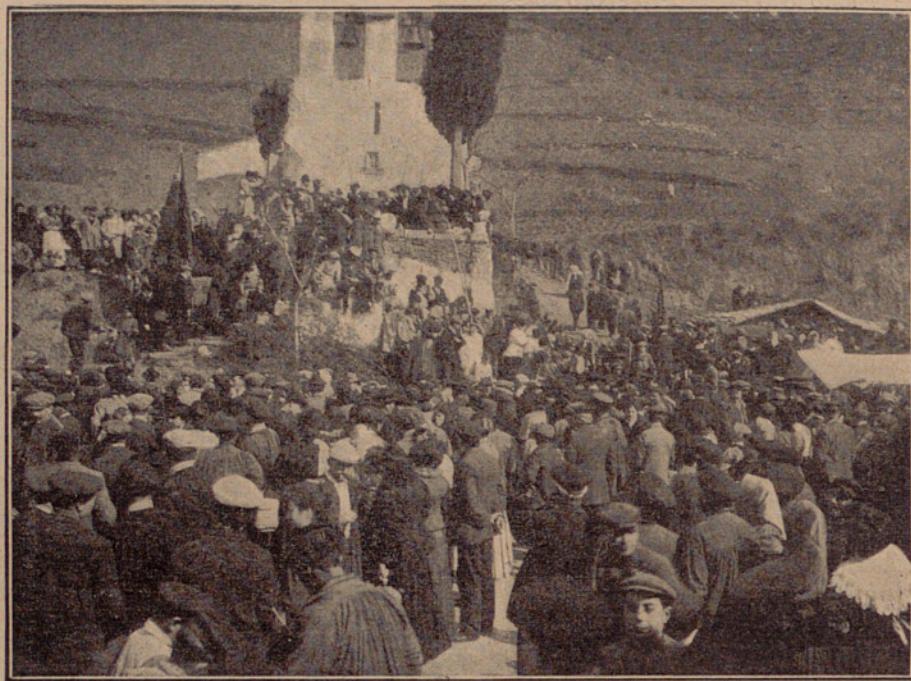
—Un chico tiene salida por cualquier parte. ¡Pero una hija!...

Sí, una mujer, sobre todo en España, no tiene más carrera, ni más porvenir que el matrimonio. Para pescar marido se visten, acicalan, bailan, pasean, van á los teatros y despliegan todos sus encantos y atractivos. Se casan: ¡adios! se cerró el estuche de todas las monerías.

Pero hasta llegar á la vicaría ¡qué calvario tienen que recorrer las pobrecitas de mi alma y sus mamás! De esto puede hablar mejor que yo mi amiga doña Felipa, viuda de un oficial cuarto de Administración, y madre de tres pimpollos, dos de ellos en estado hoy de merecer.



¡Qué bien va la contrición
con la falda pantalón!



Aspecto que presentaba la pintoresca ermita de San Medín, el viernes último, con motivo de celebrarse la fiesta anual.

—Sabe usted—me decía—cuántos viajes á baños de Caldas me costó mi Ofelia? Pues nueve.

—¡Pobrecilla! Estaría muy malita.

—¡Ca! No, señor. Me refiero á su boda, á sus amores con Celedonio. Fuimos un día á ver el establecimiento y nos tropezamos con ese chico, que estaba empleado en la sección de pilas; se vieron, se gustaron, y para no perder la ocasión, todos los años á Caldas. Estuve pasando por baladrona nueve años; pero al fin cogimos á Celedonio. Ahora me quedan por colocar Sofía y Heraclia. Son dos joyas, créame usted, y harían la felicidad de cualquiera. Limpias, trabajadoras, cariñosas, y no lo digo porque sean hijas mías, porque todo el mundo lo sabe. Pero estos hombres, ¿en qué piensan? ¿Qué hacen ustedes los solterones?

—¡Ay, señora! Pasar una vida muy triste.

—Sí, sí, ya están ustedes buenos. Desde que han salido esas criaditas de tres duros y que sirven para todo, hay muchos camastrones como usted.

—Doña Felipa. Yo soy un hombre honrado.

—Pues cásese usted y hará la felicidad de una mujer, y no sea usted tan egoísta. ¿Quién le daría á usted mejor las friegas para el reuma que su mujercita? ¿Iría usted siempre sin botones en el chaleco si estuviera casado?...

—Doña Felipa, he visto á muchos hombres que les faltan botones y tienen mujer...

—Porque serán unas calamidades y no tendrán ni pizca de disposición. ¡Si todas fueran como mi Sofía! Pues, ¿y dónde me deja usted á mi Heraclia?... Vaya, esto es una infamia, que pasen mis hijas de los veinte, y todavía no hayan tenido novio. El vicio, el maldito vicio tiene la culpa de todo, que todos los hombres son ustedes unos perdidos... Por supuesto, la causa de todo este

desbarajuste la tiene el Gobierno, si señor, el Gobierno, porque debía imponer una multa á todo hombre que pasara de veinticinco años y estuviera soltero... ¡Ah! Si estuviera en el pellejo de Canelejas ya les arreglaría á ustedes, ya...

—Es que la vida es muy cara, y mantener una familia cuesta un sentido... Una mujer come, visita, etc., etc.

—Todo eso son disculpas y protestas... ¿Y lo que se gastan ustedes en—¡Jesús! iba á decir un disparate—¿no cuesta nada?... Bien los explotan á ustedes esas briñonas que andan por ahí, que por culpa de ellas se ven unos ángeles, como mis hijas, sin hallar un hombre á quien hacer feliz...

—Ay, hijas de mi alma!... ¡Qué será de ellas el día que las falte su madre!... Vamos, si esto hace perder la paciencia á un santo...

—Vaya, no se aflija usted. El día menos pensando las casa usted á las dos á un tiempo. A veces sale nn marido donde menos se piensa...

—Sí, en eso ya tiene usted razón, y es lo que me da algunos ánimos... ¿Dónde dirá usted que conocí yo á mi difunto, que esté en gloria?...

—En algún teatro ó tertulia...

—En casa del callista. Fui con mi mamá que tenía un ojo de gallo en el pie izquierdo y en el recibidor estaba mi Ernesto, que iba á curarse de un uñero... Y lo que son las cosas; hablamos de los pies y de sus infinitas enfermedades y dolores y al cabo de cinco meses mi tío el párroco de Santa Inés nos echaba las bendiciones.

—¿Lo ve usted? Si donde menos se piensa salta la liebre...

Y siempre que me tropiezo con doña Felipa el tema de nuestras pláticas es la deseada boda de sus hijas, que nunca llega.

—Pobres mamás! Pobres niñas casaderas!...

FRAY GERUNDIO.

laciones con un señor de paso en Madrid. Recordaba aún su nombre y que vivía en una ciudad de América. Sólo le había visto dos ó tres veces; pero había sido tan bueno para ella! ¡Cómo oírدار!... Y aquel hombre, señor, aquel hombre...—Era usted—dijo el juez que escuchaba impasible á Rendueles, sin interrumpirlo, como si conociese anticipadamente su relato.

—Sí; yo mismo... Confieso que mi incredulidad rechazó la carta. «Si no puede ser. Si yo no recuerdo haber conocido á esa pobre muchacha.» Y cada vez que volvía á leerla repetía lo mismo: «No puede ser; no puede ser. ¡Si conoceré yo mis asuntos!...» Así pasé muchos días, hasta que me dije: «Vamos á cuestas, Bruno, hagamos un examen de conciencia. ¿Por qué no puede ser? ¡Llevaste aquella vez en Madrid una vida ejemplar!...»

No, señor juez. El hombre es débil y yo, tratándose de amores, no he tenido pizca de fuerza para resistir á la tentación. Los únicos disgustos que ha tenido en su vida doña Delfina ha sido por esto. De joven, cuando puse el registro en la operaria, afirmaba ella que íbamos á arruinarnos por las cintas y retazos que daba de yapa á todas las buenas mozas clientes del establecimiento. Aun ahora me cree tentado por el amor en todos los momentos y se venga sacando á colación mis años y mis canas.

Volvamos al asunto, «Por qué no?», me decía... Habrá usted notado, señor juez, que los hombres, por más que protestemos cuando nos cuelgan una aventura amorosa, lo hacen de dientes afuera. En el fondo nos halaga la suposición. Somos más crédulos y simples en esto del amor que las mujeres. Cuando se le dice á una mujer que se la ama, siempre duda y tarda en creerlo. A un hombre basta que una boca bonita le diga «te quiero», para que lo acepte como la cosa más natural. Por esto las mujeres conquistan más fácilmente á los hombres que los hombres á las mujeres.

Pero, ¿á dónde voy á parar con todo esto?... Estábamos en que á fuerza de muchas reflexiones acabé por acordarme de cierta muchacha que había conocido en uno de mis viajes á Europa. Yo creía que el conocimiento había sido en otra parte. ¡Se armó tal confusión en los recuerdos cuando se ha viajado y van transcurridos algunos años! Pero no: las reve-

fijarse en esta maniobra un tanto afectada á excepción de un guardia civil que miró fijamente al viajero, pero con una frieza sin interés, por puro hábito escrutador. Don Bruno despreció al guerrero de la ley que estaba allí de plantón y otra vez se frotó la cara con el pañuelo. ¡Nadal...! El andén estaba casi desierto. Los viajeros, precedidos por los mozos de la estación, casi invisibles bajo sus cargas como montones andantes de valijas, y perseguidos por el rodar de carretones y cofres, corrían á las puertas de salida dando apretones de manos y defendiéndose de los abrazos de los parientes. Las dos de la tarde y muchos no habían almorzado.

Rendueles se frotó la cara por tercera vez, haciendo ondear el pañuelo como una bandera. Indudablemente podía estar hasta la noche plantado junto al vagón con el blanco lenzuol flotando ante su rostro sin que nadie se acercase á él. Tal vez fuera de la estación le estaban esperando. —Vamos, mi hijo, eche adelante no más—dijo al mozo que se había apoderado de su equipaje de mano.

El cargador pareció fijarse en el acento del viajero y sonrió á éste con amistosa familiaridad.

—El señor es, sin duda, de lo que llaman las Américas.

—No, soy español; pero vengo de Buenos Aires.

Avanzó unos pasos más el moçoón con una maleta al hombro y una valija en cada mano.

—Yo tengo un hermano allí, un muchacho pelirrojo, bien plantao y mu trabajador. En mi aldea lo conocían todos. Tal vez el señor lo haya tropezado más de una vez. Debe vivir cerca de Buenos Aires, en un sitio que le llaman Méjico.

—No, no lo he visto—dijo Rendueles concisamente.

Y el cargador siguió adelante algo decepcionado por esta ignorancia.

Al salir de la estación detuvose don Bruno entre los comisionistas de hoteles, cocheros y pupileros que se arremolinaban en torno de los recién llegados. Hizo colocar su equipaje en el automóvil del hotel de París; pero quedó de pie al borde de la acera mirando á todos lados y frotándose otra vez con el pañuelo la frente sudorosa como si tuviese algo en ella que no podía borrar. Estos movimientos cada vez más extremados acabaron por atraer la atención de dos

hombres envueltos en la clásica capa, tranquilos burgueses de Madrid que se aproximaron á él sonri ndo.

—¡Al fin!—dijo don Bruno con impaciencia — Creí que no ban ustedes á llegar nunca. ¿Cómo les va?... ¿Vienen ustedes de parte del padre Ignacio?... Yo soy don Bruno, el que ustedes esperan; don Bruno Rendueles el de la Argentina...

Pero vamos por orden: muestrenme ustedes la contraseña. Uno de los dos hombres que parecía ejercer sobre su com-pañero la influencia de un superior, se aproximó aún más á don Bruno.



que le impedía hablar con claridad mientras no tuviese la certeza de que yo era el Rendueles que buscaba.

Confieso que tuve un momento de incredulidad. ¡Qué se propondría aquel buen señor con tales tapujos! ¡A dónde quería ir á parar! En América la vida de negocios nos hace desconfiados y no es fácil engañarnos, por más que preparen bien lo que llaman allá "el cuento del tío"! Pero no tardé en desechar estos malos pensamientos. ¡Un señor sacerdote que no me pedía nada! Me arrepentí de mi vergonzosa indecisión y contesté la carta: "Sí, señor; yo soy ese Rendueles que estuve en Madrid hace años. La fecha no la recuerdo bien; yo creía que iban transcurridos doce; pero cuando usted dice que son once, así debe ser."

Únos dos meses tardó en llegar la segunda carta del cura. En este tiempo me acordé muchas veces de él y ansiaba la respuesta. ¿Si se habría muerto el respetable viejo?... ¡Ay! me anunciable el corazón que algo muy importante iba á alterar la monotonía de mi vida.

Llegó la esperada carta del virtuoso señor, un sinnúmero de carillas de tetra inmena con otro papel muy sellado y rubricado, que era un testimonio de bautismo. Podía entonces haberme acordado de las novelas de dona Delina; pero la realidad, la terrible realidad, señor juez, no se presta á comparaciones con lo que pasa en los libros.

El cura don Ignacio me decía en su carta que ya que tras muchos años de averiguaciones y búsquedas lograba encontrar me, creía llegado el momento de hacer una revelación propia de su ministerio. Una noche había sido llamado á confesar á una pobre moribunda en una buardilla. ¡Misterio por todas partes! La agonizante, tendida en un jergón; la pieza sin muebles; un macilento candil próximo á apagarse con las ráigas frías que entraban por los cristales rotos; en un rinconcón una niña de cuatro años famélica y llorosa, á la que intentaba consolar una vecina. La moribunda se confesó con gran contrición. Había sido una mundana de cierto renombre, pero una enfermedad la había hecho caer en la miseria. Arrepentíase de los escándalos pasados y sólo sentía morir por su pobre niña, la infeliz Lolita, que iba á quedar en el mayor desamparo. Luego le reveló al cura la historia de la pequeña. Era hija del azar; el resultado de unas breves re-



Bailes populares en los alrededores de la ermita de San Mediv.

EDITOR ATRIBULADO

Por lo visto, *Lopas*, el editor de *La Esquella* y *La Campana*, se halla á la última pregunta, como dice con mucha gracia un celebrado dibujante que tuvo que dejar de trabajar por cuenta de *Lopas* en vista de lo poco que paga los trabajos. Porque *Lopas*, tanto por miseria como por egoísmo, á lo mejor encarga un trabajo grande, para ocupar una página lo menos, y después da orden al grabador que lo reduzca para publicarlo chiquito, pagando al artista con arreglo á dicho tamaño. De ahí que han salido composiciones en sus desprestigiados semanarios que le han costado una peseta. ¿Que este modo de explotar á los que trabajan se da de cachetes con los entusiastas socialistas que le han entrado á última hora? Conformes, y de ahí la decadencia de sus papeles, despreciados por todo nuestro pueblo.

Pero esa conducta tiene sus quiebras y como al público no se le engaña tan fácilmente, queda explicado el por qué hace tiempo que *La Campana* no tenga otros lectores que los parroquianos de las barberías de los pueblos rurales y *La Esquella* apenas circule. El último número, por ejemplo, ha sido un desastre, que *Lopas* lo atribuye á que *Papitu*, por dedicar merecidamente buena parte de la publicación al malogrado *No-nell*, retrasó la salida hasta el jueves.

—No ho cregui aixó—le decía á *Lopas* un antiguo empleado de la casa cuando el hambriento editor en la mañana del viernes de la anterior semana se entregaba á una gran desesperación al ver que le había quedado todo el papel.

—Sí, home; la falta vendre 's deu a ne'l malheit *Papitu*, que ha sortit tart y a ne'l *Cu-Cut!* que cada dia en fa mes la llesca.

—S'equivoca; la gent no compra *La Esquella* porque estem desacreditats; si vosté me hagués

cregut, aixó no pasaria. El públic no vol que's tinguin dos caras, y la una lerrouxista.

—Que saps tu.

—Sí, sí, miri; tothom ven més que nosaltres. ¿Es pensa vosté que la gent no ho veu que ni'n *La Campana* ni'n *La Esquella* encara no se ha parlat de la *Colla de la gana*?



FRANCISCO COSTA

primer premio de violín del Conservatorio de Bruselas y que rayó á gran altura en el recital que tuvo efecto el sábado último en el Palau de la Música Catalana.

—Aixó ho va inventar EL DILUVIO y EL DILUVIO es un enemic que'm pren llegidors i no li tinc que fer lo reclam; si no, perque publica l'*Ilustrat*.

—Home, està en lo seu dret.

—Sí i entre DILUVIOS ILUSTRATS, *Papitus y Cu-Cuts!* nosaltres poc menos que a captar.

—Pero...

—¡Calla! ¡Prou de aqueix color!

Diálogos como el anterior en el establecimiento de *Lopas* se registran muchos; el famélico editor cree que la decadencia de sus semanales se debe a competencias. Algo o mucho hay de esto, porque hoy ni *La Esquella* ni *La Cam-*

pana resultan amenas ni interesantes; pero crea *Lopas*—y enmiéndese si aun está a tiempo—, el principal factor de que el pueblo no lea sus periódicos es que no es tan fácil *ensarronarlo* como cree, sobre todo cuando la consecuencia es hacer el caldo gordo a los enemigos de la libertad y de Barcelona.

Recuérdese, si no, el apoyo que *Lopas* prestó al Comité de Defensa Social en el caso de la niña Iñíguez y a la *Colla de la gana*, a la cual, si bien por tabla, tantos favores le ha-hecho.

LORENZO DE LA TAPINERÍA.

Bien sé que a la conclusión no importa mi aprobación a la eclesiástica gente; pero cojo la ocasión de aplaudir sinceramente.

Leo que no bastando ya todo lo que en uso está de dínes, tómbolas rifas, que a gastos de cultos va a aumentarán las tarifas.

De bautismos, velaciones, derechos de defunciones

I BIEN HECHO!

y los demás sacramentos fundando en graves razones la causa de los aumentos.

No debe ponerse tasa a que cada uno en su casa haga lo que tenga a bien, mas no se haga tabla rasa y llévese un ten con ten.

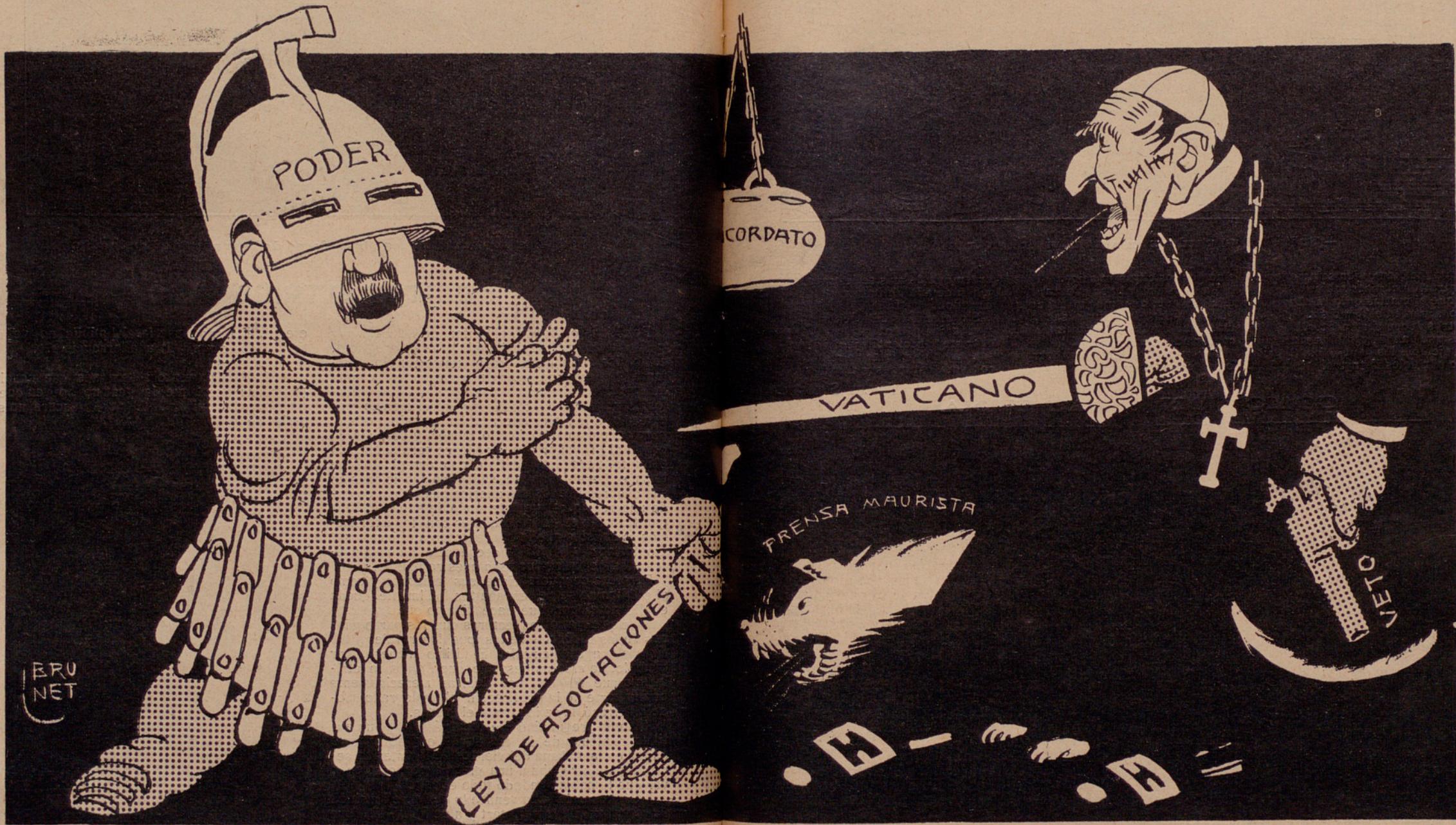
Pues pudiera resultar por demasiado tirar, que se rompiera el cordel. Señores, no hay que abusar,

que se cansa el pueblo fiel.

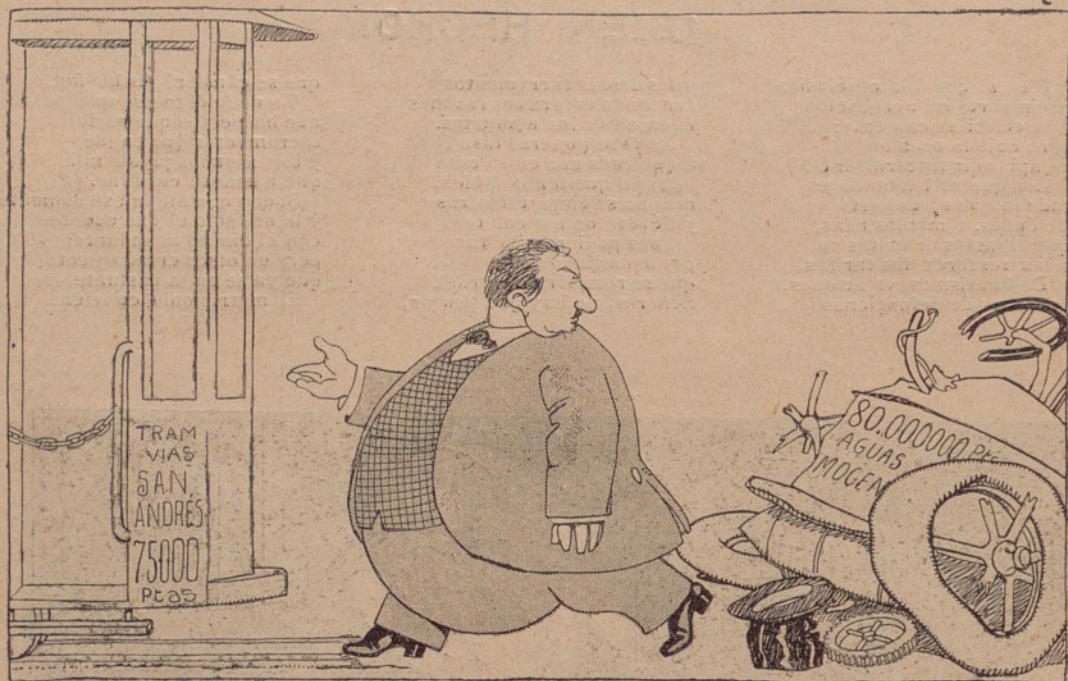
Yo no lo digo por mí que ha tiempo que recibí sacramentos que pagué y hay algunos jay de mil que bastante caro fué.

Bueno que alguno se aumente y lo use sólo el que cuente con el dinero abundante; pero en otros cree la gente que ya se paga bastante.

El matrimonio conviene



Teme de Roma al azote = y al ladrido mojigato = que a los neozote; = pero teniendo el garrote = ¿qué le importa el Concordato?



—¡Bueno! Si no puedo ir en automóvil iré en tranvía!

que pague bien quien se aviene
á entrar en el matrimonio,
porque el matrimonio tiene
mucha parte del demonio.

Otros deben ser baratos,
pues que dan muy malos ratos,
por ejemplo los bautismos,
y no por fieles ingratos,

sino por los curas mismos.

Ya ellos echarán su cuenta,
que es gente que mucho inventa
cuando quiere henchir el saco,
mas vean que baja la renta
conforme sube el tabaco.

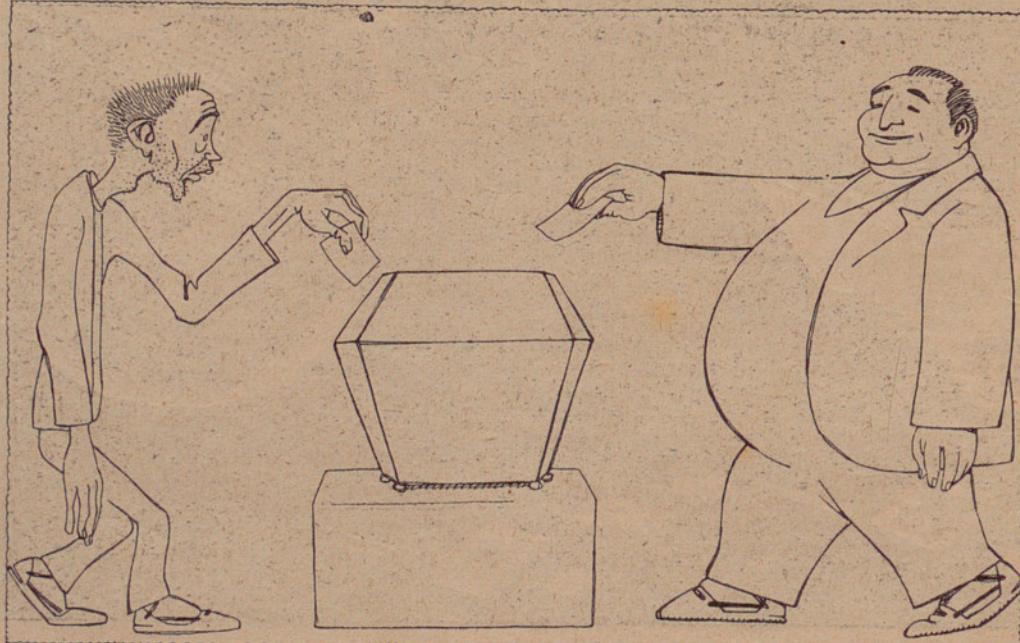
Y hay muchos que por ahorrar
lo que con el aumentar

creen que de más se les saca
y han dejado de fumar
tirando... hasta la petaca!

Sírvales pues de lección
y estudien con atención
el triste y reciente ejemplo,
que hay quien, falto de razón,
confunde estancos y templo.

TEILER SPIEGEL.

COMO VAN A LAS URNAS



Los de Lerroux.

Los de la Izquierda Catalana.

Me olvidé decirle que yo soy casado con una criolla, doña Delfina, mujer excelente que se unió á mí cuando yo no era más que un *gallego* con esperanzas.

A mi lado ha batallado en las horas de estrechez y luego al llegar la riqueza ha sabido sobrellevarla con gran señorío, como si en toda su vida hubiese conocido otra cosa. Junto con esto una gran modestia; ni siquiera ha sentido curi-
sidad por conocer Europa, dejándome partir solo tantas veces como he querido volver á esta parte del mundo. "Andáte, che, á tu tierra, y divertite vos, que á mí me gusta la mía y si me sacan de ella me muero." Además doña Delfina ama sus comodidades y á duras penas he conseguido en muchos años llevarla una vez á Buenos Aires. Ha ido engruesando así como aumentaba yo mi plata, y hay que verla ahora, ma-
jestuosa como una reina, en un sillón de juncos, allá en el jardín de nuestra estancia, con sus lentes de doctor, leyendo las novelas que traen los periódicos... "Pero, en dónde estábamos señor juez?" Ah, sí, ya recuerdo.

Digo que un día, hace cinco años, recibí una carta de Madrid. Iba firmada por el cura párroco de San Nicolás.

—Perdone usted; no existe tal parroquia.

El juez se incorporó en su asiento.

—Entonces era de San Andrés. Sí, ahora recuerdo me-
jor... San Andrés.

—Tampoco existe—insistió el magistrado.

—Pues sería de otro nombre—eso no hace el caso—afirmó don Bruno, algo amotazado por las objeciones del juez. Digo que recibí una carta de un sacerdote de Madrid y que su lectura me dejó preocupado por mucho tiempo. Era breve, y poco más ó menos decía así: "Si usted es un don Bruno Rendueles residente en la Argentina y que hace once años estuvo de paso en Madrid, sirvase decirmelo, pues tengo que comunicarle noticias de mucha importancia."

Yo soy hombre de poca lectura, señor juez; pero mi Delfina me cuenta los argumentos de las novelas que lleva entre manos y estableci inmediatamente una relación entre la carta del cura y los sucesos maravillosos que se desarrollan en los libros de mi mujer. La carta encerraba misterio. ¡Pa-
ra que un señor cura respetable me escribiese en aquel tono tan grave!... Hasta indicaba algo de secreto de contestación

—No puedo mostrarle contraseña alguna—dijo en voz baja al mismo tiempo que miraba al viajero con simpática comisericón—; pero esto no impedirá, creo yo, que me admita por compañero. Necesita usted quien le guíe en Madrid.

Rendueles echó un pie atrás como si se pusiera en guardia. ¿Conque no traían la contraseña ni eran amigos del padre Ignacio y venían en busca suya?... Luego sonrió con malicia agresiva. Sin duda le habían tomado por algún extranjero; no, él era español y conocía la gentechita que sale al encuentro de los viajeros para engañarles con malos cuentos. Nada tenían que hablar; cada uno á su camino y hasta nunca!

—No, señor—insistió bondadosamente el de la capa—. No podemos separarnos así. Mi compañero y yo somos todo lo contrario de lo que usted se imagina. Yo soy el comisario de policía encargado de vigilar esta estación y el señor uno de mis agentes. Hace cerca de un mes que tenemos la orden de esperarle. Antes que nos diera su nombre ya le había yo adivinado por el juego del pañuelo.

—[La policía! Quedó por un momento estupefacto el buen don Bruno. —La policía, á él, que jamás había gustado de su trato, ni aún en los tiempos que corría los solitarios campos argentinos...—. Luego se rehizo con la impetuosidad agresiva característica de la raza, estallando en ofensivas protestas.

—[País de arbitrariedad y de malos Gobiernos! Volvía uno á él, tras larga ausencia, y lo primero que se tropezaba era con un atropello. Por algo le llamaban la patria de la Inquisición y los diarios hablaban de esta tierra lo que hablaban. El, don Bruno Rendueles, un comerciante honrado que gozaba del prestigio de una firma, limpia como el sol, en la plaza de Buenos Aires, que había sido del directorio de un Banco y presidente de una Sociedad de beneficencia, verse detenido lo mismo que un malhechor al poner los pies en su patria. —*Cosa bárbara!* Y seguía amontonando impropios á costa del país, con una facilidad puramente española.

—[Pero usted no está detenido, don Brunol Yo sólo tengo

el encargo de ponerme á sus órdenes si me necesita para

algo, de averiguar en qué hotel se hospeda y de rogarle que

hoy ó cuando lo tenga á bien venga conmigo á visitar al juez,

que desea verle... No se alarme usted; una conversación de amigos. Tal vez sea de gran interés para sus asuntos.

Rendueles fué tranquilizándose con estetas y otras explicaciones y acabó por montar en el automóvil del hotel. Podía el comisario ir en su busca aquella misma tarde y verían al juez.

Antes de partir el vehículo pareció humanizarse y su ceño se desvaneció.

—Pero usted, comisario, ¿no conoce al padre Ignacio?...

—No sé quién es—contestó sonriendo—y tal vez se alegraría usted de poder decir otro tanto.

—Entonces—continuó Rendueles con tristeza—tampoco conocerá a mi niña, á mi Lolita, una criatura ideal que vive con el bueno del padre.

El comisario levantó los hombros y siguió sonriendo, bondadoso y escéptico.

Se siguió sobre los papeles la calva frente del juez al entrar don Bruno en el despacho y sus lentes de empañada luz sintieronse atraídos por la fosforescencia de una gran perla que ornaba la corbata del *indiano*, el relampagueo temblón de una de sus sortijas y el esplendor de una gruesa cadena de oro.

Rendueles iba vestido de negro y con todas sus presas para esta visita importante.

Ponía el gesto toso para demostrar que aun le duraba el enfado por "el arbitrario atropello," pero al mismo tiempo sentíase agitado interiormente con la agustia indefinible del que se halla junto á un misterio.

Tomó asiento con la activa dignidad de un personaje desacatado que se prepara a escuchar explicaciones, pero antes de que se le dieran tué él quién habló.

—No sé para qué he sido llamado, señor juez, pero quiero hacer constar que jamás tuve que ver nada con la justicia.

—Permitame que recuerde un poco mi historia. Soy de una provincia del Norte y salí para América hace muchos años

¡muchos! como o se salía entonces; en buque de vela, navegando meses y meses, con gallito aguasana y poca, y agua á ración. Los chicos que emigran ahora hacen el viaje en quince días y comen carne y hasta beben vino. Aquellos tiempos eran otros.

Usted, señor juez,

sabe indudablemente lo que es Buenos Aires: una gran ciudad, caballero; casi un París; pero había que verla en mis primeros tiempos cuando llegó á ella sin otro capital que mis trece años, una boina, dos pantalones, uno encima del otro, y una carta para unos parentes. Se desembarcaba en carreta: las calles eran á modo de barrancos y hasta los mendigos iban á caballo. Yo empecé de *cabote* en una tienda de trapos de la calle Victoria. Aquellos eran los tiempos heroicos del comercio *gaucho*, porque allá, señor, todos somos gallegos aunque jamás hayamos visto Galicia. Dormíamos sobre el mostrador teniendo por almohada una pieza de percal: la suprema ambición era llegar á habitado de la casa; el único esparcimiento, acordarme de los centavos y pesos ahorrados, é ir al teatro una vez al año cuando los cómicos españoles representaban *Flor de un día*. Admirábamos al principal, héroe inimitable en el manejo de la vara de medir, y de él aprendíamos el arte de engañar al parroquiano indio, sempiterno ratero, á cuyo alcance poníamos vistosos pañuelos para que pagase después la cuenta sin examinarla, con la alegré emoción de haberlos robado algo.

Pero no quiero cansarle, señor juez. Abreviaré mi relato. Fui adelantado en mi carrera, me establecí en el campo, hicí alguna platta, tráfiqüé en tierras, gané mucha más, corrí media República en los tiempos en que no existían puentes ni caminos, cuando diligencias y carretas habían de arrostrar los peligros de los ríos desbordados y los malones de indios... y hoy soy rico y puedo darme todos los gustos, aunque, en verdad, apenas siento deseos. ¡He trabajado tanto!... Un día, señor juez...

Rendueles se detuvo unos instantes como para concentrar su pensamiento. Había llegado á la parte de su relato que consideraba más interesante.

—Un día, señor juez (hace de esto como unos cinco años), recibí una carta de España allá en mis tierras de Tucumán,



Lleroux dice que abriga la esperanza de hacer de la Diputación provincial una segunda edición de la Casa de la Ciudad.

¿Cal, agua, yeso, cemento,...

Vinaixa, Lladó y secuaces?...

¡Don Alejandro está loco

al pensar tal disparate!

¡Cuando les cierran las puertas cree el cacique que las abren!

Canalejas ha ofrecido una novena á Santa Rita porque le saque con bien de estos aprietos.

Maura ha ofrecido un cirio á... la Sagrada Familia por que el Presidente escape mal.

Veremos quién puede más, luchando Dios y el demonio: si la novena de Pepe ó el cirio de don Antonio.

El duque de Solferino, hablando de la formalidad, de la honradez y de la bondad de los jaimistas ha dicho que los jefes de ese partido son hombres de mucho peso.

El duque de Solferino ha dicho una gran verdad; pero más pesa un cochino y fuera un gran desatino suponerle seriedad.

En algunos conventos hacen rogativas por el triunfo de la candidatura de la Molestia Social.

Pero ya verán como no les hacen caso en el cielo.

Y ya deben de saber á cuales ruegos y quejas suelen en el cielo hacer sordas, muy sordas orejas.

Cobián ha dicho que ni por un momento ha pensado, en salir del Ministerio.

¡Demasiado sabe el ministro de Hacienda que más puede hacer por Roma siendo ministro que sin serlo.

Pero ahora del Presidente debiera ser el afán saber muy exactamente dónde le aprieta el Cobián.

Según parece el edificio que ocupan los PP. Agonizantes pertenece al Municipio, á pesar de lo cual los reverendos lo han inscrito á su nombre en el Registro de la Propiedad.

Resulta que los Agonizantes son tan hormiguitas como los demás.

Esto es decir que los frailes tienen la misma virtud cuando están agonizantes que cuando tienen salud.

En el Gurugú debía colocarse como coronamiento una imagen de la Virgen, según pretende el arquitecto, señor Gaudí, y no debe colocarse nada, según el propietario, señor Milá.

Para que el remate del edificio estuviera en carácter debieran colocar á Vinaixa.

¡Y qué bien que estaría allí el concejal moscardón!

¡Y qué bien que al edificio le iría la terminación!



—¡Cuánto hay que padecer para alcanzar la gloria!

2. QUEBRADEOS DE CABEZAS

Rompecabezas con premio de libros



Además de los que ahí se ven constituyen esta familia gitana el padre, cinco muchachos y otros cuatro próximos. ¿Dónde estén?

LOGOGRIFO NUMÉRICO

de Juan Gallissá.

(dedicado á Antonieta Salmóns.)

1	2	3	4	5	6	nombre de mujer.
5	4	3	2	1		apellido.
3	2	5	4			tiempo de verbo.
6	5	6				letra.
3	4					articul.
2						vocal.

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO

de Antonio Zanini.

(dedicado á mi amigo José Estregués.)

Animal Vocal Artículo.

ROMBO

de Jaime Caritg.

0				
0	0	0		
0	0	0	0	0
0	0	0		
0				

Sustitúyanse los ceros por letras de modo que horizontal y verticalmente se lea: 1.^a, consonante; 2.^a, nombre de varón; 3.^a, fruta (plural); 4.^a, articulo (plural) y 5.^a, consonante.

SUSTITUCIÓN

de Vicente Soriano.

0	0	0	0
0	0	0	0
0	0	0	0
0	0	0	0

Sustitúyanse los ceros por letras de forma que horizontal y verticalmente se lea: 1.^a, parte del cuerpo; 2.^a, color; 3.^a, en los días de lluvia; 4.^a, en el Bautismo.

SOLUCIONES

(Correspondientes á los quebraos de cabeza del 25 de Febrero.)

AL ROMPE CABEZAS CON PREMIO DE LIBROS

El esposo puede verse en la puntilla que adorna el cabezal, junto al biombo; á la derecha, en el mismo almohadón, vése á los dos malhechores. Invertiendo el dibujo aparecen la hija y la criada, junto á la camisa de la señora.

AL ACERTIJO

El Convento de Santa Isabel de Gracia.

A LA MUDANZA

POSA = SOPA = SAPO = PASO

AL JEROGLÍFICO COMPRIMIDO

Entredoses.

AL TERCIO SILÁBICO

GO	SA	CO
SA	LO	ME
CO	ME	TA

AL CUADRADO

O	L	O	T
L	O	R	O
O	R	A	R
T	O	R	O

A LA LETRA NUMÉRICA

Camilo.

Han remitido soluciones.—Al rompecabezas con premio de libros: Inés Fernández, Elvira Boquet, Antonio de la Torre, Kuroki, R. J. Gallissá, Luis Puig, Jaime Lustems, Antonio Monsó, Jaime Tobrá, A. Robreño, Vicente Soriano, Joaquín Piceñol, José Llímona, Juan Anugó, Alfonso Piqué, F. y E. Hernández de Barros, Francisco Batalla, Jaime Basas, Francisco Dochas, J. V. Monaquita, R. Grau, Luis Forns, Luis Butchosa, Mariano Ciuret, José Coch, Jaime Melich, P. Chufen, N. Rubiralta, Luis Mora, Paco Vives, Raimundo Reset, M. Comes, Ernesto Comes, Baltasar Gispert, José Tor, P. Ferrer, Facundo Casanovas, Jaime Caritg, Antonio Antolín, Antonio Zanini, M. Poch y Jaime Sala.

Al acertijo: Luis Puig, Miguel Farrés y Joaquín Miquel. A la mudanza: Inés Fernández, Jaime Basas, P. Chufen, N. Rubiralta, Luis Puig y Antonio de la Torre.

A la copia numérica: Inés Fernández, Paco Vives, Antonio de la Torre, Luis Puig, Manuel Reverte, Jaime Basas, J. V. Monaquita, Angel Santos, Jaime Tobrá, P. Chufen, N. Rubiralta, Vicente Guasch, R. J. Gallissá, M. Poch y Joaquín Miquel.

Al jeroglífico comprimido: Luis Puig, Angel Torres y José Lugrás.

Al tercio silábico: Antonio de la Torre, R. J. Gallissá, Conde Damilo, Jaime Bassas, Jaime Tobrá, P. Chufen y N. Rubiralta.

Al cuadrado: R. J. Gallissá, Jaime Basas, Jaime Tobrá, P. Chufen, N. Rubiralta, Luis Puig, Joaquín Miquel y Enrique Blanqué.

A la letra numérica: Angel Santos, Jaime Tobrá, Luis Puig, Manuel Reverte, Conde Damilo, Jaime Bassas, Vicente Guasch, J. V. Monaquita, P. Chufen, N. Rubiralta, Enrique Blanqué, Paco Vives, Antonio de la Torre, José Lugrás, M. Poch y Miguel Tarrés.


ANUNCIOS

Dr. CASTELLARNAU

Especialista en **Vías Urinarias**. Tratamientos modernos de efectos rápidos
Curación radical de la avariosis por el
nuevo procedimiento

del **Prof. EHRLICH**, fórmula

606

Consulta de 11 á 1 y de 5 á 8.— RAMBLA DEL CENTRO, 11, pral.

ARTÍSTICO REGALO

á los que padecen de Neurastenia, Inapetencia, Debilidad, Palpitaciones de corazón y demás enfermedades que reconozcan por base la desnutrición orgánica, comprando al autor seis frascos del poderoso **Fosfo-Glico-Kola Doménech** costarán sólo pesetas 21, tónico-reconstituyente y se regalará una artística maleta metálica, litografiada, de muchas aplicaciones. Muestras gratis al autor, **Ronda de San Pablo**, núm. 71. — Farmacia premiada por el **Excmo. Ayuntamiento de Barcelona**.

PIDASE PARA CURAR LAS ENFERMEDADES NERVIOSAS ELIXIR POLIBROMURADO AMARGÓS

QUE CALMA, REGULARIZA Y FORTIFICA LOS NERVIOS
UNIVERSALMENTE RECOMENDADO POR LOS MÉDICOS MÁS EMINENTES

Su acción es rápida y maravillosa en la EPILEPSIA (mal de Sant Pau), COREA (baile de San Vito), HISTERISMO, INSOMNIO, CONVULSIONES, VERTIGOS, JAQUECA (migrana), COQUELUCHE (catarro de los niños), PALPITACIONES DEL CORAZON, TEMBLORES, DELIRIO, DESVANECIMIENTOS, PERDIDA DE LA MEMORIA, AGITACION NOCTURNA y toda clase de Accidentes nerviosos.

Farmacia del Dr. AMARGÓS, PLAZA DE SANTA ANA, 9.

LA DIABETES RESUELTA VENCIDA! por el Diabetifugo Puig Jofré

á base de la maravillosa planta mexicana COPALCHI y otros tónico-coadyuvantes.
UN FRASCO, CONSIGUE RÁPIDA MEJORÍA; TRES, CURACIÓN COMPLETA
VENTA: FARMACIAS DE TODOS LOS PAISES

Agentes en España: J. URIACH y C. Barcelona

Imp. de EL PRINCIPADO, Escudillers Blanxs, 3 bis, bajo.



Una de las mesas presidenciales de la Tómbola organizada por la Asociación de la Prensa diaria de Barcelona, á beneficio de las familias de las víctimas de los últimos temporales.



Banquete organizado en el Mundial Palace por la Unión Gremial en obsequio á los vocales asociados y entidades que contribuyeron á que fueran rechazados los presupuestos municipales que patrocinó la mayoría lerrouxista.